

Las incógnitas del post COVID

Es difícil aventurar cuáles serán los escenarios pospandemia. Sin embargo, en medio de todas las incertidumbres, resultan de interés las tratativas para un nuevo «Pacto verde» tanto en Estados Unidos como en Europa.

RAÚL SOHR | Analista internacional

Las prolongadas e inéditas cuarentenas alimentan el ansia por ver la luz al final del túnel. Los hechos, sin embargo, no proveen antecedentes para aventurar qué cambiará, y en qué dirección, tras la pandemia. En los conflictos bélicos se alude a la «niebla de la guerra», como metáfora para describir las múltiples incógnitas en el campo de batalla. Frente al COVID-19 y sus consecuencias, la niebla es muy densa. De partida, no hay unanimidad entre los científicos sobre las características del virus y sus formas de transmisión. Eso se refleja en el debate sobre la hipótesis de si es posible lograr una «inmunidad de rebaño», merced a un determinado porcentaje de infectados, aunque —con el acopio de evidencia— la tesis de la inmunidad grupal ha perdido apoyo entre los virólogos.

Un enigma clave a esclarecer es cómo evolucionará la enfermedad. Por qué afecta más a hombres que a mujeres, por qué ataca con mayor virulencia a ciertos grupos étnicos e incluso, en ciertos países, algunas regiones son más afectadas que otras. Las investigaciones señalan que circulan miles de variaciones de cepas de COVID-19 y que, por ejemplo, la que atacó Wuhan, en China, no es idéntica a la que afectó a Italia. El virus, en su forma actual, es muy infeccioso, aunque su letalidad es baja entre personas jóvenes con buena salud. La cepa dominante es el Sars-CoV-2, como es designado el virus causante del COVID-19. Pero, como ocurrió con la gripe española, puede disparar su nivel de mortalidad. Ese virus cegó decenas de millones de vidas. Fue un tipo de influenza aviar que apareció en Estados Unidos en 1917, pasando de aves a humanos y llevada a Europa por soldados que combatieron en la Primera Guerra

Mundial. La primera ola tuvo mínimo impacto. Más de diez mil marineros, de la Gran Flota británica, la contrajeron y solo cuatro de ellos murieron. Pero, pocos meses después, volvió a la carga un virus mutado que devastó al Viejo Continente. Se estima que unos cincuenta millones sucumbieron a sus fiebres y daños al sistema respiratorio. En lo que toca a la coronavirus vigente, la noticia tranquilizadora, hasta el momento, es que muta con lentitud. Ello es auspicioso para la efectividad de una futura vacuna.

Los científicos clamaban a coro que la llegada de una pandemia viral era solo cuestión de tiempo. Bastaba con mirar las estadísticas: el planeta experimentaba epidemias cada veinte a treinta años. Pero ahora ya había pasado más de medio siglo años sin una de ellas. Los expertos de la Organización Mundial de la Salud (OMS) encargados de monitorear la evolución de los virus manifestaron hace casi un par de décadas que la fiebre aviar «representaba el mayor peligro posible y que una pandemia de esta gripe podría matar, según los cálculos de los epidemiólogos, entre siete y veinte millones de personas». En el caso de la COVID-19, se cree que el portador del virus fue un murciélago que infectó a un pangolín.

La dura experiencia actual refuerza lo que ya se sabía: el aviso temprano de cualquier brote es clave para detener el avance del virus. El presidente Donald Trump recrimina a China por no haber dado antes la alarma. Para impedir que se repita el error, lo lógico sería fortalecer a la Organización Mundial de la Salud y no retirarse de ella, como lo ha hecho Estados Unidos, porque los antecedentes han validado las palabras del virólogo

inglés John Oxford, quien advirtió: «No importa dónde empiece la pandemia, estará ante nuestras puertas en doce horas. Nadie puede decir que ese no es un problema nuestro».

AVANZA LA ZOONOSIS

En las últimas décadas, en todo caso, aumenta la percepción de que algo ha empeorado en la relación entre los humanos y la naturaleza. La mayor conciencia proviene, sin duda, de los efectos del calentamiento global. Crece ahora la legión de los que piensan que la crisis de la COVID-19 tiene sus raíces en la destrucción del medio ambiente. Los científicos coinciden en que el virus que recorre el mundo es producto de una zoonosis, una enfermedad transmitida de animales a humanos. A través de este proceso, ocurren enfermedades como la fiebre porcina, el síndrome respiratorio agudo grave, el virus del Nilo occidental, la fiebre aviar en sus distintas versiones, el zika, el dengue y otros. Los patógenos viven en lo que los científicos llaman un «huésped reservorio», es decir, el mosquito, ave o animal portador. Cerca de las tres cuartas partes de las enfermedades infecciosas emergentes pasan de animales a humanos. Cerca de dos millones de personas mueren cada año de enfermedades zoonóticas, que desde el año 2000 han tenido un costo de cien mil millones de dólares.

El problema se agudizará porque avanza la invasión humana de los hábitats de las especies silvestres; ello, por la vía de la ampliación de las fronteras agrícolas con la destrucción de selvas. Así aumentan las personas expuestas a los agentes patógenos que generalmente están confinados en lugares remotos. Según David Hayman, de la Universidad de Massey en Nueva Zelanda, «en el siglo pasado, se destruyó aproximadamente la mitad de las selvas tropicales, en las que viven alrededor de dos tercios de todos los seres vivos del mundo. Esta grave pérdida de hábitat afecta a todo el ecosistema, incluyendo a las infecciones». Inger Andersen, directora ejecutiva del Programa de Naciones Unidas para



Ursula Gertrud von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea.

el Medio Ambiente, estima, por su parte, que «la ciencia es clara al respecto: si seguimos explotando la vida silvestre y destruyendo los ecosistemas, entonces en los años venideros podemos esperar un flujo constante de estas enfermedades que pasan de animales a humanos».

INTENCIONES DE CAMBIOS

Cómo saldrá cada país de esta experiencia traumática, el mayor confinamiento colectivo experimentado por el mundo, es algo que está por verse. Mucho dependerá de cuán profundo sea el daño causado por la enfermedad. La memoria colectiva es frágil

y, a poco andar de los desastres, las cosas vuelven al cauce anterior. Ocurre con los terremotos, que son recurrentes. Epidemias hay cada tanto, pero una pandemia como esta no ocurría desde hace un siglo. Con esta frecuencia serán pocos los que se preocuparán por lo que ocurrirá en generaciones venideras. La inercia tiene una enorme gravitación y, en forma instintiva, la gente se inclina por restaurar sus viejos hábitos.

Pese a ello, en París, Ámsterdam y otras grandes ciudades se habla de aprovechar la drástica baja del tráfico vehicular para excluir, en forma creciente, los automóviles que contaminan con sus emisiones, ruidos y la ocupación de grandes superficies.

En Estados Unidos, en el Partido Demócrata, circula un documento económico y medioambiental titulado Green New Deal (Nuevo Trato Verde), en el que, evocando al *New Deal* del Presidente Franklin Delano Roosevelt (1933-45), propone cambios profundos a través de una reducción drástica de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI), la renovación de infraestructuras y mayor eficiencia energética. Muchas de estas ideas estuvieron presentes en el programa de gobierno del presidente Barack Obama, pero se estrelló contra los grupos de interés y solo consiguió avances limitados. Muchos puntos del Nuevo Trato Verde, en caso de que ganase Joe Biden, el candidato demócrata, en noviembre, marcarían un viraje en 180 grados frente a las políticas de Trump. De entrada, muchas de las iniciativas implican ampliar de manera significativa el radio de acción del Estado.

Biden, por su parte, sorprendió a muchos con la presentación, a mediados de julio, de su programa electoral, en el cual se aprecia un giro a la izquierda. Sorprendió, porque lo normal es que el candidato con la nominación en mano vire al centro para ganar a los votantes menos convencidos. Él postula ambiciosas metas para el desarrollo de energías limpias y de protección ambiental. Entre sus propuestas destaca destinar dos trillones de dólares en inversiones para energías renovables e infraestructuras para ser ejecutadas en los cuatro años de su mandato. Pero no es una propuesta solo técnica:

40 por ciento de estas inversiones serán dirigidas a mejorar las condiciones de las comunidades negras y latinas que viven en las zonas más tóxicas de la economía fósil. Son los grupos que han sido más afectados por la pandemia. Biden promete inversiones para lograr nuevos niveles que permitan a Estados Unidos convertirse en un país de bajas emisiones de carbono para 2035. En la práctica, él hizo suyas las propuestas del Nuevo Trato Verde. Es esperable que un viejo político como él no salte a la piscina sin asegurarse que tiene agua. Según encuestas recientes, 61 por ciento de los votantes menores de 45 años expresaron que votarían por Biden, si les aseguraba una transición a una economía de energías limpias. Un 14 por ciento de los consultados dijo que semejante propósito los alejaría del candidato demócrata. Mucha agua correrá aún bajo los puentes del Potomac antes de conocer al vencedor de los comicios estadounidenses.

Los europeos, encabezados por la alemana Ursula von der Leyen, la presidenta de la Comisión Europea, han señalado que la crisis climática es «una amenaza existencial» para la humanidad. Ella ha propuesto metas en lo que ha llamado un «Pacto Verde», que busca convertir a la Unión Europea (UE) en un continente climáticamente neutro de aquí al 2050. Esto es, que las emisiones de CO₂ y otros gases de efecto invernadero (GEI) sean reducidos y compensados con, por ejemplo, la reforestación. Es una meta que exige medidas radicales en muchos campos, que abarcan el transporte, la energía, la agricultura, procesos extractivos e industriales, los hábitos de consumo ciudadanos, entre otros. Es decir, afectan al conjunto de las economías y el estilo de vida de las personas.

En el rubro del transporte, por ejemplo, será necesario revisar las normas de emisiones de vehículos de los veintisiete países miembros. Ya se esbozan planes para la expansión de las redes ferroviarias del continente. La electromovilidad pasa a primera línea y, para ello, se anticipa la instalación de un millón de puntos de recarga de baterías para automóviles.

La Comisión propone que al menos 25 por ciento del presupuesto de la UE esté destinado a la transición ecológica. Según los cálculos, serán necesarios unos 300 mil millones de euros para alcanzar el objetivo fijado al 2050. Desde 2021, un 40 por ciento del presupuesto destinado a la política agrícola común y un 30 por ciento de los subsidios a las pesquerías irá a la reducción de las emisiones de los GEI. A nivel internacional, todo nuevo acuerdo comercial estará condicionado a que los países cumplan con lo estipulado en el Acuerdo de París, firmado en 2015. Los productos destinados a la UE deberán cumplir con las mismas exigencias que sus productores. La propuesta

•

Green New Deal: propone cambios profundos a través de una reducción drástica de las emisiones de gases de efecto invernadero, la renovación de infraestructuras y mayor eficiencia energética.

•

debería tener una buena acogida entre los eurodiputados que declararon, en noviembre, la «emergencia climática» en Europa.

Von der Leyen afirmó que el Pacto Verde «no es solo una necesidad, será un motor de nuevas oportunidades económicas». A la par, advirtió que las propuestas transformarán el estilo de vida, de consumo y de trabajo, pero velando por los que se vean más afectados por los cambios. Von der Leyen habló de una «transición justa» y para ello espera disponer de hasta cien mil millones de euros entre 2021 y 2027. El fondo estará destinado a ayudar a los países más dependientes del carbón de Europa oriental, con Polonia a la cabeza. Está por verse si el Pacto Verde es una declaración de intenciones o será una efectiva hoja de ruta para la mejora del medio ambiente. Estos propósitos fueron formulados antes del estallido de la pandemia. Está aún fresca en la memoria la crisis financiera del 2008, que obligó a la postergación de una serie de iniciativas destinadas a la protección del medio ambiente.

Si hay una certeza en cuanto al post COVID, es que nos aguardan tiempos difíciles. Las proyecciones de desempleo son intimidantes. Numerosas industrias y servicios, como el turismo, tendrán severas dificultades para volver a sus niveles anteriores. Para América Latina, con sus frágiles economías dependientes en alto grado de exportaciones de materias próximas, el cuadro es particularmente desafiante. Ante la nueva realidad, se verá si las intenciones para reestructurar las sociedades, con una perspectiva amigable con el medio ambiente, son cumplidas. MSJ

Joe Biden.
Exvicepresidente,
actualmente
candidato del
Partido Demócrata.

